

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), vol. XVIII, núms. 3-4, pp. 227-239

Hemos considerado conveniente publicar en este número algunos comentarios, principalmente de investigadores que trabajaron en el CEE en el transcurso de sus 25 años de vida y que ahora colaboran en diversas instituciones, casi todas vinculadas con la educación; incluimos también un comentario de Margarita Zorrilla, investigadora amiga del CEE y otro más de una alumna de pedagogía.

REFLEXIÓN SOBRE EL 25° ANIVERSARIO DEL CEE

Ma. de Lourdes Casillas Muñoz

ANUIES

El 25° aniversario de la fundación del CEE nos ha dado oportunidad de detenernos a reflexionar no sólo sobre la preocupación central que ha guiado sus tareas, es decir, la aproximación al conocimiento de las condiciones en que se desarrolla la educación mexicana, sino también sobre su papel como formadora de profesionales en el campo educativo y su papel como institución que ha podido explorar algunas alternativas de educación para grupos sociales marginados.

Se reconoce al CEE como una de las primeras instituciones en México que se constituyó con el fin de emprender investigaciones educativas, campo al que se había puesto muy poco o nula atención en el país hasta la década de los años sesenta. Los aportes que esta institución hizo al principio de sus actividades establecieron la pauta para derivar inquietudes sobre la posibilidad de realizar investigaciones educativas entre algunos profesionistas especializados en diferentes ramas de las ciencias sociales. Esto permitió la integración de un pequeño equipo multidisciplinario que se dedicó a desarrollar labores de investigación desde diferentes enfoques (economía de la educación, psicología educativa, comunicación educativa, sociología de la educación, etcétera).

En la integración de su equipo de trabajo se destaca la participación de grandes analistas de la problemática educativa, reconocidos tanto a nivel

nacional como internacional. La dedicación, esmero e interés en dar impulso a la investigación educativa en México por parte de quienes iniciaron las labores del CEE, permitieron también que personas sin conocimiento previo sobre la materia, pero con gran interés, compartieran la experiencia de los iniciadores y orientaran su formación hacia la disciplina y el rigor de la investigación científica en el área educativa. Este proceso de intercambio de experiencias entre profesionales ha permitido que la institución se destaque como un ámbito de formación de investigadores, analistas, promotores, etc., en la práctica cotidiana de las tareas emprendidas.

Por otra parte, es importante destacar que la institución ha pretendido ir más allá de la reflexión teórica y del simple conocimiento y descripción de la realidad educativa, acercándose a procesos de acción. Si bien son encomiables estos intentos, no pueden dejarse de reconocer errores y limitaciones para poder consolidar procesos autogestivos en el terreno de la educación concientizadora y popular. Sin embargo, es preciso reconocer que también se aprende de la experiencia.

Desafortunadamente, las personas que han integrado los equipos de trabajo en el CEE cambian; pero, afortunadamente, la institución permanece... y el espíritu que ha orientado sus acciones se extenderá, ya que muchos de quienes hemos iniciado nuestra formación ahí y tratamos de aportar algo al sistema educativo a través de otras instituciones, llevamos con nosotros no sólo la experiencia de haber participado en sus tareas, sino también el espíritu de servicio a la sociedad mediante la formación y ejercicio de la conciencia crítica sobre la problemática educativa; y, algo que es igualmente importante, el espíritu de superación de nuestra labor en este campo, ya que también hemos aprendido a reconocer nuestros errores y carencias.

Al Centro de Estudios Educativos, nuestros mejores deseos porque tenga una larga vida de fecundas aportaciones que contribuyan a impulsar importantes cambios en la educación mexicana.

EL CEE EN SUS 25 AÑOS DE SERVIR A MÉXICO

Horacio Chávez

ITESO

Dice un dicho popular que nadie sabe el bien que tiene hasta que lo ve perdido. Sin llegar a esto, la distancia ciertamente ayuda a objetivar y valorar mejor las cosas. Probablemente algo de esto suceda ahora al tratar de visualizar los años en que formé parte del equipo del CEE, como encargado de la *Revista*.

La primera impresión fue la de trabajar con personas satisfechas de lo que hacían porque trabajaban en una institución que hacía algo valioso y significativo. De un local estrecho y sin mayor apariencia salían trabajos que eran reconocidos nacional e internacionalmente; trabajos que tenían

influencia en instancias gubernamentales, en reformas educativas, en universidades y en otros centros de investigación.

Los valores que orientaban y dirigían ese trabajo se pueden ver en las editoriales de la *Revista* del año de 1973, el tercero de su existencia. Al encargarme de la *Revista* constaté aún más la estima en que se tenía al CEE. Esto se hace patente al tratar con CONACyT, con programas de educación de universidades extranjeras como Stanford, Michigan y Massachussets o centros de investigación educativa de Latinoamérica.

Los que han dirigido alguna publicación periódica conocen bien las dificultades serias que ello implica: la falta de puntualidad de las imprentas, los colaboradores que escriban los artículos, el proceso de revisión, etc. No obstante esto, en ese tiempo hubo gran apoyo de una buena parte del personal del CEE, y especialmente de parte de su Director general.

Coyunturalmente algo que ayudó bastante en ese momento a impulsar la *Revista* fue el Congreso que se celebró en la ciudad de México en forma conjunta entre el CEE y la Comparative and International Education Society. De este Congreso surgen varias colaboraciones, ofrecimientos para futuros envíos y diversas relaciones con posibles colaboradores.

En un intento por sintetizar los puntos más positivos que logramos para la *Revista* en esos años, mencionamos los siguientes:

- Haber aumentado las suscripciones de 90 en junio de 1977 a 550 en diciembre de 1981; número grande para una revista tan especializada.
- Haber incluido la sección de ensayos que le daba una dimensión mayor tanto para los colaboradores como para los lectores, pero manteniendo la rigurosidad de la aprobación del Consejo editorial, igual que para los artículos de investigación.
- Haberle cambiado el nombre de *Revista del Centro de Estudios Educativos* a *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*. Esto fue efecto de varias sugerencias de diversos centros de investigación educativa de Sudamérica. En su opinión la *Revista* era la más representativa de la investigación educativa de América Latina.

El editorial del primer número de 1979, recuerda el objetivo que tuvo el CEE al fundar la *Revista*:

[...] el diálogo y la confrontación abierta entre investigadores de la educación latinoamericana para proponer planteamientos propios y metodologías congruentes con la problemática de nuestros países; la cooperación entre diversos centros de investigación para hallar alternativas de solución a esa problemática; y la evaluación interdisciplinaria de los hallazgos, avances y dificultades comunes en la experimentación de diversos modelos de acción.

Al cumplir el CEE 15 años de vida y ocho la *Revista*, se reconoció que se había logrado en buena medida este objetivo; ahora, al cumplir el CEE 25 años y 18 la *Revista*, se puede decir también que superando diversas difi-

cultades ha ido avanzando en el logro de este objetivo. La *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos* ha llegado a ser un instrumento de trabajo indispensable para quien pretenda hacer estudios serios de investigación educativa.

Los valores que en 1963 impulsaron a crear el CEE, que diez años más tarde se publicaban en las editoriales de la *Revista*, continúan dirigiendo los trabajos del CEE, de modo que afronte los nuevos retos que presenta el país en situaciones quizá más difíciles; pero siempre buscando incidir en la problemática educativa para ir consiguiendo vivir en una sociedad más humana, más justa y más libre.

LA OBRA DEL CEE

Pedro Gerardo Rodríguez

CLASEP

Una ocasión como el 25 aniversario de la fundación del CEE puede inducir a un comentario general de su Obra, o por lo menos de algún aspecto de ella, aun cuando los comentarios no puedan justificarse a plenitud y aunque no sean otra cosa que escuetas afirmaciones.

1. Conviene antes que nada subrayar lo que es conocido. En México el CEE ha sido el primero en llevar a la investigación educativa desde el primitivo estadio de las opiniones inconexas, hasta el nivel de una verdadera reflexión sistemática. Para decirlo simplemente: desbrozó el camino para que la opinión transitara hasta el nivel de la crítica. Tal mérito es indisputable, no obstante, según entiendo, ante la crisis actual la investigación educativa aún no ofrece lo que de ella se espera.
2. Una simple revisión de la Obra del CEE muestra que las temáticas se enlazan directamente con la problemática que la conciencia de la época ha considerado como irresuelta: la atención a la demanda, el rendimiento académico, los vínculos del egreso con la estructura del mercado de trabajo, el financiamiento, las alternativas no escolarizadas, etc. Pero esta conexión temática es apenas la superficie de la conexión real entre los textos producidos en veinticinco años y la concreción del contexto socioeducativo.
3. Si reconstruyésemos el largo camino de la Obra del CEE habría que revelar sus ligas profundas con la inflexión producida en los sesenta. Baste aludir apretadamente una de sus dimensiones: la expansión escolar, que permaneció durante décadas como signo ideológico y organizativo de la educación pública. Desentrañar el significado de la expansión fue el punto de partida de la investigación desarrollada por el CEE, que la recusa desde sus términos constitutivos, por ejemplo en las distintas formas de caracterizar la demanda; la analiza desde sus tendencias y datos más relevantes, por ejemplo, en su distribución social y regional, en su finan-

ciamiento; la estudia desde sus productos evidentes, por ejemplo, en los mecanismos de acceso al empleo y en la distribución del ingreso a través del tiempo.

El estudio de la expansión condujo en los setenta a la idea del cambio, a la búsqueda de alternativas dentro y fuera del aparato escolar, a la evaluación, formulación y promoción de nuevos modelos educativos. Así, mientras el CEE profundizaba en el análisis de la expansión, simultáneamente formulaba proyectos específicos a nivel micro, como el Nezahualpilli, o planteamientos estratégicos globales de desarrollo alternativo, como el basado en redes de empresas autogestivas.

No hace falta decir que el argumento de la expansión resistió durante décadas la crítica permanente y casi exclusiva del CEE; resistió también la muda evidencia de millones de desertores acumulados. Pero hacia 1980, la crisis económica la convirtió en antigualla de museo. Por esas fechas, los que fueron sus ideólogos se apresuraron a la tribuna para anunciar que el sistema arribaba a la época dorada de la calidad.

No obstante, a mi juicio, el periodo de la expansión no puede darse por concluido, aunque las antiguas fuerzas que la impulsaron se hayan desvanecido. Tampoco puede decirse que el estudio de la expansión se ha cerrado; ocurre simplemente que nuevas y más complejas interrogantes se abren para el futuro.

4. La Obra del CEE no es un todo cerrado y autosuficiente, no puede comprenderse por sí misma, permaneciendo en el plano de sus investigaciones parciales o en el de las biografías intelectuales de sus miembros, e incluso en el de sus influencias e impactos. Su Obra es un aspecto de una realidad más vasta y compleja: la reflexión social sobre la educación en este cuarto de siglo, sea que asumiere la forma de racionalidad planificadora estatal, o que se expresara como indagación metódica de individuos e instituciones, o como la verbalización cotidiana del sentido común. A su vez, tal reflexión es sólo una dimensión de los procesos concretos de formación y reproducción social. Así, para entender la Obra del CEE se requiere integrarla en el conjunto de procesos reflexivos y en seguida elevar el análisis a la estructuración práctica de la sociedad mexicana.
5. El camino anterior es, como suele decirse, lento pero seguro. Vale la pena resaltarlo porque ciertos comentaristas se han aferrado al atajo de la analogía. separan de su contexto determinadas nociones usadas en la Obra del CEE y las convierten en entidades autónomas, luego rastrean su semejanza con el esquema conceptual de algún autor o corriente de pensamiento, y concluyen disparando alegremente marbetes a diestra y siniestra. Su procedimiento, ya se sabe, tiene debilidad por los agrupamientos y manía por las filiaciones.

Pero no insistamos en esos malentendidos. Los veinticinco años del CEE no son pretexto para señalarle olímpicamente su lugar en la historia; tampo-

co lo son para admirar su obra como si fuera el resplandor luminoso de un templo. La crisis de la época, como los cumpleaños, no admiten certezas, pues ambas se acompañan de signos, de vagas referencias al origen y de oscuros presentimientos sobre el futuro. El cumpleaños es una ocasión especial para socializar las dudas, para actualizar el significado de la Obra y también, ¿por qué no?, excelente motivo para descorchar una botella de sidra.

MEMORIA DE UNA EXPERIENCIA

Teóduo Guzmán

SEDOC

Resulta difícil condensar, en unos cuantos trazos, la memoria histórica —grata y vital— de mi experiencia en el CEE durante quince años. Lo menos que puedo decir es que mi vinculación con el CEE, de 1967 a 1982, influyó de manera determinante en mi forma de entender y asumir la *praxis* educativa desde una perspectiva estructural.

A mediados de los sesenta no era un lugar común, como lo es probablemente ahora, analizar la problemática educativa en función de sus relaciones estructurales con el sistema social y con el modelo de desarrollo económico de México. La investigación en este campo se hallaba polarizada hacia el tratamiento del proceso educativo como fenómeno individual y como simple actividad de aprendizaje. El reto fundamental era obviamente cómo podía contribuir la educación formal a la consolidación y al mantenimiento de un modelo de sociedad fincado en el desarrollo del sector urbano-industrial. El quehacer de la investigación educativa que se realizaba en algunas universidades y escuelas de pedagogía, consistía en el mejoramiento de ciertos modelos pedagógicos y de algunos métodos didácticos, de tal manera que fueran generalizables a todo el sistema educativo, principalmente en el nivel básico.

En este contexto, uno de los primeros aciertos del CEE fue darse a la tarea de elaborar un diagnóstico global del sistema educativo nacional. Este y otros estudios sobre las tasas de crecimiento de la matrícula, la inequitativa atención a la demanda potencial por niveles educativos, sectores productivos y regiones, harían del CEE uno de los pocos interlocutores independientes y críticos frente al pragmatismo autocomplaciente y triunfalista de las autoridades educativas del país.

A 25 años de distancia, aún recuerdo con agrado el entusiasmo innovador, la búsqueda persistente, la rigurosidad científica y la vivencia comunitaria de trabajo en equipo, bajo la dirección del Dr. Pablo Latapí. Entre los grandes aciertos del fundador del CEE mencionaré sólo tres, porque considero que facilitaron la consolidación y supervivencia del CEE. En primer lugar, la formación profesional, en diversas disciplinas vinculadas con la investigación educativa, de la planta de investigadores, a partir de una pri-

mera planeación de recursos humanos para el futuro del CEE. En segundo lugar, la apertura de relación y vinculación del CEE con otros centros e instituciones de investigación educativa, a nivel nacional e internacional. Y en tercer lugar, el haber asumido el gran reto de un proyecto ambicioso, a principios de los setenta, que abriría nuevos cauces y perspectivas para el trabajo del CEE en esa década. Me refiero al Proyecto de Reforma Educativa, cuyos resultados se publicaron en forma sintética en la *Revista del CEE*, No. 3 de 1973. En cuanto proceso interno de trabajo fue probablemente uno de los momentos privilegiados de la institución pues, que yo recuerde, no ha habido en los años posteriores otro proyecto que haya aglutinado, confrontado y retroalimentado a todos los miembros del CEE, con las características de una estrategia y propósito común.

Mi impresión actual es que la labor desarrollada durante los primeros ocho años, en que realizamos un análisis exhaustivo y crítico de teorías educativas, modelos sociológicos, corrientes pedagógicas y propuestas alternativas para transformar la estructura educativa, dieron por resultado una ruptura con el funcionalismo desarrollista de los sesenta, una apertura a la sociología del conflicto y una integración consciente de categorías marxistas en el análisis de las relaciones entre educación, sociedad y Estado. Posibilitaron, además, la exploración y la evaluación de procesos educativos no formales, vinculados a ciertas estrategias de desarrollo rural, y abrieron la puerta para que algunos investigadores nos internáramos en el campo de la investigación participativa y aun nos involucráramos en acciones de apoyo a ejidos y comunidades campesinas.

Reflexionando ahora sobre el pasado, considero que la existencia del CEE como institución dedicada a la investigación educativa, en ningún momento ha estado desvinculada de una posición definida en favor de la justicia social.

Un análisis somero de las prioridades de investigación del CEE, sobre todo a partir de 1973, nos indican que la mayoría de los recursos de la institución se destinaron a la investigación, evaluación prospectiva y experimentación de procesos educativos vinculados con la problemática económica y sociopolítica de las clases populares.

Algunas veces me han preguntado qué repercusión han tenido las acciones del CEE en la modificación de las políticas educativas del gobierno. Y mi respuesta ha sido que aunque las recomendaciones del investigador social difícilmente corresponden a las preocupaciones del político, sin embargo podemos suponer que los resultados de algunos trabajos de investigación lograron influir en algunas políticas globales del gobierno. Piénsese, por ejemplo, en la creación de algunos institutos de investigación y planeación educativa; en el Programa de Educación para Todos; en la preocupación de la SEP por esclarecer y remediar la problemática de la calidad del aprendizaje; y, en fin, en la asunción de nuevos conceptos y parámetros en el tratamiento de la estadística escolar.

Hasta aquí he subrayado solamente los saldos positivos. Sin embargo, la

vida del CEE, como la de cualquier comunidad de trabajo en búsqueda de su identidad frente a los retos de la educación nacional y latinoamericana, no puede estar exenta de conflictos y contradicciones. Hubo ocasiones en que las divergencias en torno a la división social del trabajo tuvieron que dirimirse incluso con pérdidas de valiosos colaboradores. En otros momentos, no resultaba comprensible para algunos investigadores cómo podíamos ser coherentes con las exigencias del quehacer científico, cuando intentamos cambiar el escritorio por el campo, o cuando pretendimos vincular en un mismo proyecto y proceso al sujeto popular y al investigador-promotor, como condición indispensable de nuestra participación en el proyecto popular.

En la segunda mitad de los setenta, algunos compromisos de trabajo con proyectos de investigación auspiciados por la SEP, aun cuando ampliaron la acción del CEE en varias regiones del país, sin embargo limitaron su eficacia, pues el tiempo político del funcionario público no suele ser compatible con la maduración lenta de los procesos experimentales y mucho menos con los resultados no esperados de la investigación-acción.

Finalmente, no puedo dejar de mencionar la importancia que ha tenido, desde la función del CEE, la labor de difusión de los hallazgos y logros de su propio trabajo. En este terreno destaca de un modo particular la *Revista del CEE* (a partir de 1979 *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*), que ha servido de muchas maneras para la comunicación entre investigadores, maestros, estudiantes, promotores y organizaciones populares.

Al terminar este relato, pienso que el CEE tiene todavía un papel importante que desempeñar en los nuevos escenarios de la educación que se perfilan ya para la próxima década. Mi pronóstico es que podrá lograrlo en la medida en que fecunde sus paradigmas de investigación y sus acciones con la *praxis* social y la lucha por la justicia y la democracia del pueblo mexicano.

SOBRE EL 25° ANIVERSARIO DEL CEE

María de Ibarrola

DIE-CINVESTAV-IPN

No me cabe la menor duda acerca de que el CEE es la institución pionera en el intenso y complejo desarrollo de la investigación educativa en México.

Existían, sí, otras instituciones previamente establecidas, en particular el Instituto Nacional de Pedagogía y el CREFAL pero, sin poner en duda la importancia de los trabajos ahí desarrollados, no creo que ejercieran tal influencia sobre la construcción de un nuevo campo de la investigación en México.

Las innovaciones trascendentes del CEE al respecto son las siguientes:

Salirse del ámbito de la pedagogía para encarar el conocimiento de las implicaciones sociales que tenía el crecimiento de la educación nacional. Aplicar los avances de la economía y de la sociología a la comprensión de

los fenómenos educativos abrió en México un campo de estudio que resultó sumamente fructífero y prometedor.

Lo significativo del hecho anterior se reforzó ampliamente por el desempeño de otra función científica que las instituciones anteriores no habían desarrollado: la difusión y divulgación del conocimiento. No creo que el CEE hubiera logrado la consolidación académica e institucional de la que ahora goza si no hubiera iniciado junto con la investigación su línea editorial de boletines, folletos de divulgación, libros, y la primera revista de investigación educativa en México, que goza ya de un amplio y reconocido prestigio en América Latina.

La divulgación y difusión del conocimiento originado por los trabajos de investigación realizados en el Departamento de Investigaciones Educativas (DIE), del IPN, tuvieron otro impacto pionero de primera magnitud: el de difundir por primera vez una opinión científicamente fundamentada e independiente de las versiones oficiales ofrecidas a través de informes presidenciales y programas de gobierno. Por primera vez la educación nacional se presentaba sin el ropaje del discurso idealista y triunfalista de los logros revolucionarios al respecto: se comparó el crecimiento de la matrícula contra la demanda potencial y real definida por el tamaño de la población en edad, se analizó el logro efectivo de una escolaridad primaria obligatoria que se debería cumplir en seis años de escolaridad constante; se delineó lo dramático de la pirámide educativa, se analizaron costos, etcétera.

Dentro de las funciones claramente establecidas en la investigación científica parecería que el CEE adolece de una de ellas: la de formar recursos humanos de alto nivel. El CEE nunca estableció un programa de posgrado. Sin embargo, no dudo que todos los investigadores noveles que se iniciaron en la investigación en el CEE, hayan tenido la misma oportunidad de recibir la orientación clara, profunda y sistemática de los procesos a seguir en sus trabajos, así como una corrección igualmente clara, completa y sistemática a los resultados iniciales que yo recibí.

Creo que los procesos formativos más importantes que tuve al iniciarme como investigadora de la educación fueron, por un lado, la compañía constante, paso a paso, metódica y sistemática en el proceso complejo de profundizar, reconsiderar, fundamentar, debatir, y convertir una idea en conocimiento y, sin parar ahí, finalmente plasmarla en una publicación que a su vez es objeto de debate por un gremio cada vez más consolidado. Por otro lado, están los borradores de mis primeros escritos profesionales que Pablo Latapí o Carlos Muñoz Izquierdo o Guillermo de la Peña me regresaron en "rojo" (sin un solo espacio que no tuviera corrección).

A veinticinco años de distancia, el mundo de la investigación educativa en México ha crecido no sólo en el número de instituciones e investigadores, sino en el desarrollo y creación de conocimientos y la confrontación de teorías y enfoques sobre la educación nacional; este crecimiento empieza a significar en este campo un lugar duramente peleado en las políticas de desarrollo científico y tecnológico. En cada año transcurrido y frente a un gremio

cada vez más concurrido, competitivo y competente, el CEE sigue jugando uno de los principales papeles en la investigación educativa nacional.

Rocío Esparza Salinas

Alumna del Colegio
de Pedagogía, UNAM

En un primer momento me interesé por este Centro para realizar mis prácticas por la forma en la que nuestra profesora nos habló de él. Pero ya cuando estaba aquí y vi lo que hacían, la forma en que trabajaban y su importancia dentro del conjunto de instituciones dedicadas a la investigación me entusiasmé; comparé mis primeras impresiones en el Centro con las de mis compañeras que acudieron a otras instituciones, observé las diferencias y me decidí por venir aquí.

En cuanto al Centro, me agrada la imagen que tiene, el campo sobre el cual se mueve (nacional y latinoamericano), las actividades que realiza, pero sobre todo la seriedad con la que nos recibieron, la seriedad de su trabajo, y la responsabilidad que nuestra estancia en el Centro implica.

Dentro de mis expectativas puedo mencionar como la principal, la de tener un acercamiento concreto hacia lo que es y lo que implica la educación, el campo de trabajo en el cual me moveré en el futuro. Tratar de encontrarle un verdadero sentido a lo que aprendo en el colegio con respecto a lo que es trabajar en el campo educativo, es decir, intentar verificar en la práctica lo que estudio en teoría.

Otro punto que a mí me interesa es el de empezar a establecer un contacto con el área en la cual me voy a desarrollar, para que conforme vaya avanzando en la licenciatura me logre adentrar en ella para tener una idea clara de mi trabajo y una cierta seguridad profesional.

1963-1988: VEINTICINCO AÑOS DE UN CAMINAR

Margarita Ma. Zorrilla Fierro

Depto. de Educación, Universidad
Autónoma de Aguascalientes

Traer a la memoria algún acontecimiento de nuestra vida individual y colectiva, nos permite tomar conciencia de lo que somos.

Las conmemoraciones y celebraciones de acontecimientos que de alguna manera marcan la historia personal y la historia social de una comunidad, tienen un sentido histórico de liberación, ya que son una manera de responder a los viejos y siempre nuevos interrogantes de (quiénes somos?, ¿qué hacemos?, ¿para qué hacemos?, etcétera).

Las formas de conmemorar y celebrar son múltiples, y están en relación con lo que se conmemora o celebra.

El Centro de Estudios Educativos celebra 25 años de trabajo, que se dicen fácilmente, pero que representan días, meses, años de abrir caminos en una de las actividades más importantes para el desarrollo y el cambio en una sociedad que hoy se encuentra en los umbrales del tercer milenio; me refiero a la actividad de la investigación educacional.

Soy una observadora externa al Centro, y me uno a esta celebración compartiendo lo que significa para mí su trabajo, trayendo al papel algunas reflexiones y consideraciones sobre el quehacer científico y social del CEE.

Conocí al CEE a través de su *Revista*, por ahí del año 1977, cuando era estudiante de Ciencias de la Educación. Por aquel entonces, en los centros universitarios que formaban algún tipo de profesional de la educación, se empezaba a hablar de la investigación en educación, su importancia y la necesidad de realizar trabajos de investigación que permitieran conocer y comprender nuestra propia realidad, para poder plantear transformaciones sociales y educativas relevantes. El Centro ha sido pionero y animador en las tareas de investigación educativa en nuestro país, contribuyendo al desarrollo de la investigación y la educación, tanto a través de la formación de recursos humanos como de la realización de trabajos de investigación significativos. Ha abierto también caminos para las relaciones con otros equipos en América Latina, también preocupados y ocupados por el desarrollo equilibrado de las sociedades latinoamericanas a través de la investigación educacional.

Mantener productivo un centro de investigaciones con las características del CEE no ha sido fácil: conseguir financiamiento para su operación, crear y sostener líneas de investigación, difundir los resultados de sus investigaciones, formar recursos humanos y equipo de trabajo, construir, en síntesis, una comunidad científica. Por lo mismo es destacable la labor “pedagógica” del Centro, pues si bien hay gente que ha estado en él desde sus inicios, éste se ha constituido también en un espacio de formación en tareas de investigación educacional, para un número considerable de jóvenes, que hoy se encuentran trabajando en otras instituciones. Seguramente nos vendrán a la mente los nombres de algunos de esos jóvenes colegas, que con su trabajo también han contribuido a hacer realidad lo que apenas hace un cuarto de siglo empezaba a tomar forma.

Hacer el recuento —y no sólo eso, sino una revisión concienzuda de lo realizado hasta el presente— es un imperativo que no se puede ni se debe soslayar. Así, en diciembre de 1988 la comunidad de investigadores que integran el CEE hizo una invitación a colegas interesados y/o relacionados con su trabajo, para poner en la mesa de las discusiones sus logros, inquietudes, carencias e interrogantes.

Este seminario constituyó la oportunidad de compartir lo más relevante del trabajo reciente del CEE, en un ambiente realmente de diálogo entre colegas. Se propició que se compartieran experiencias entre los participantes y se resaltó la necesidad de recuperar algunas tareas que el Centro, en algún momento de su historia, realizaba.

Fueron cuatro grandes temáticas las de este encuentro: Política Educativa, La Educación Rural, La Formación de Maestros, La Investigación-Acción.

El intercambio de reflexiones se dio en diferentes niveles, como es el hecho de interrogarse por el sentido de la actividad del CEE, que bien puede ser expresado por preguntas como estas: ¿cuál es el papel y la responsabilidad social del CEE en el contexto del quehacer de la investigación educativa?; al estar comentando sobre la opción metodológica por la investigación-acción, ¿cuál es la responsabilidad del CEE como centro de carácter científico?, (es posible separar el quehacer científico del compromiso social y político? Sobre esto último se comentó que toda actividad humana que trate de incidir de alguna manera en la compleja realidad social, es política por naturaleza. Sin embargo, las especificidades de este compromiso serán materia de discusión y acuerdos entre la comunidad del CEE.

Desde otros ángulos se preguntó acerca de las concepciones teóricas con las que se están realizando los trabajos que el CEE colocó en la mesa de las discusiones. Particularmente hablaré de las mesas sobre Magisterio e Investigación-Acción en Educación, pues yo participé en ellas.

La discusión sobre la temática del Magisterio fue amplia y variada. Se hicieron cuestionamientos importantes, fundamentalmente sobre la significación de la Calidad de la Educación, ¿calidad para quién?, ¿calidad en función de qué?, ¿quién define la calidad?; y en este contexto, ¿de qué manera se comprende al maestro y su acción como un elemento central en el discurso sobre la calidad de la educación escolar? A mi juicio todas estas cuestiones apuntan a recuperar la especificidad del trabajo escolar, valorando aquellos elementos que le sean más significativos a la escuela, y desde los cuales sea posible un cambio en la educación que contribuya a la construcción de estructuras políticas y sociales más justas, más humanas en este país.

Los intercambios, por lo que se refiere a la Investigación-Acción en educación, también fueron amplios y variados. Se manifestó una preocupación por el carácter teórico y metodológico en la construcción de investigaciones con este enfoque; se trajo a nueva cuenta el asunto de la institucionalización de estos proyectos, la formación de los equipos de investigación, el asunto de la generalización de los resultados, que adquiere un significado diferente para la gente de la comunidad y para la gente de un centro de investigación, lo cual plantea problemas en torno al diseño de proyectos de investigación-acción; así surge la siguiente pregunta: ¿qué es lo que se desea generalizar? El valor de este intercambio de opiniones se encuentra en el conjunto de interrogantes que se plantearon, tanto por la misma comunidad del CEE como por sus invitados. Continuar con esta opción de investigación en educación exige más reflexión, discusión y análisis entre los que la realizan, de manera que esto les permita distinguir, ubicar y valorar las implicaciones de carácter científico, político, social, pedagógico, etc., de la investigación-acción en educación.

El Centro de Estudios Educativos deberá seguir siendo una voz autorizada, que denuncie y anuncie aquellos elementos que contribuyan a crear corrientes de opinión informadas e incidan en la toma de decisiones para la creación de estructuras sociales, políticas y económicas más justas en nuestro país: México.

